



Así quedó el puente ferroviario sobre el río Agabama tras la avenida que lo destruyó; después fueron voladas las bases. /Foto: Archivo

José Luis Camellón Álvarez

SUCEDIÓ hace 30 años y se trata de un temporal que pocos recuerdan, asociado a la primera depresión tropical de ese período. Llovió tanto entre el 29 de mayo y el 2 de junio de 1988, que las inundaciones casi se tragan el sur de la provincia, donde se concentró el mayor impacto del que puede considerarse uno de los mayores episodios de intensas lluvias que ha afectado a Sancti Spíritus desde que fuera declarada provincia.

Si llamativos fueron algunos reportes de precipitaciones en 24 horas, como los 605 milímetros en Mapos y 600 en La Sierpe, impresionantes, según datos de prensa de la época, resultaron los acumulados registrados en varios municipios en las tres jornadas finales del evento: La Sierpe, 777 milímetros; Sancti

Spíritus, 614; Jatibonico, 547 y Taguasco, 525.

Mas, la verdadera huella de tanta agua caída no estuvo siquiera en los pluviómetros, sino en las mil vicisitudes vividas por las estructuras de mando, la Defensa Civil, fuerzas militares, comunidades enteras y hasta personas aisladas que debieron ser evacuadas por aire y tierra en medio del temporal, del peligro y de las severas inclemencias del tiempo.

Si hace apenas unos días impresionaron el colapso del puente en el río Zaza, el espectacular llenado de la presa de igual nombre y las grandes inundaciones en ciudades, pueblos y campos, las secuelas del temporal de 1988 son para no olvidar porque dejaron un escenario de destrozos al estilo de un filme de ciencia ficción.

Fue tan soberbia la crecida del río Agabama en aquel inicio de junio de 1988 que destruyó el puente

del ferrocarril en pleno lomerío —considerado el más largo de su tipo en Cuba con unos 250 metros de longitud—; partió la carretera Trinidad-Sancti Spíritus en la zona de La Paloma, que causó una brecha de alrededor de 500 metros.

Algunos espirituanos guardan en la memoria vivencias de aquellos días, pero en las páginas de *Escambray* —entonces con circulación diaria— se preserva, tal vez, el mejor archivo documental de cómo se enfrentó la contingencia que dejó el lamentable saldo de tres fallecidos.

Nunca antes volaron tanto los helicópteros de las Fuerzas Armadas Revolucionarias en Sancti Spíritus, debido al aislamiento de diversos poblados y fue preciso evacuar por esta vía comunidades completas, como ocurrió con las 72 personas en Cagüeira, al sur de Guasimal. “Guajiros que se apearon de los caballos e hicieron sus primeras travesías aéreas bajo el apuro de las inundaciones”, se narró entonces.

“El niño que vino con la lluvia” era uno de los titulares de *Escambray* en la edición del 3 de junio de 1988; a seguidas, el testimonio de aquella madre cabaiguanense que había sido evacuada de Santa Lucía hacia Potrerillo, allí se puso de parto y fue enviada a la capital provincial.

“Se llama Fidel, porque a la Revolución le debe el haber nacido

sano y sin peligro, porque para asegurar su vida me mandaron, primero una ambulancia y, cuando esta no pudo avanzar ante tanta agua, nos recogió un helicóptero”. Entonces la mamá supo que la tripulación y el equipo médico que allí viajaban tardaron dos horas para, desde el aire y bajo la lluvia, ubicar la ambulancia.

“El último evacuado”, reseñó *Escambray* en sus páginas por aquellos días. Se trataba de un habitante de Manacal de Línea, en la serranía trinitaria, testigo en carne propia de que la Revolución no abandona a nadie. Fue rescatado en helicóptero luego de permanecer seis días aislado por la crecida del Agabama y pudo alimentarse solo con algunos productos enlatados que los vecinos le lanzaban desde la otra orilla.

Otros relatos del periódico aseveran la magnitud de las precipitaciones de hace tres décadas. “Esto es lo nunca visto, por poco sube aquí el agua”, afirmó un campesino de Polo Viejo, en la montaña; “Esa fue la crecida del siglo XX en la zona del FNTA y Caracusey”; “El Agabama subió 3 metros en la carretera Trinidad-Sancti Spíritus”.

Además de destruir cientos de viviendas, provocar un deslizamiento en la cortina de la presa Lebrije, dañar plantaciones agrícolas de todo tipo, buena parte de la infraestructura vial y ferroviaria, causar grandes

estragos en los accesos a Topes de Collantes y en la impermeabilización y falso techo del hotel Ancón, el temporal de 1988 cortó totalmente la comunicación terrestre y ferroviaria con Trinidad y también puso en aprieto los asentamientos del sur de La Sierpe y de Sancti Spíritus.

Según el reporte de *Escambray* del 2 de junio, el abrupto llenado de la presa Zaza y la imposibilidad de evacuar a los pobladores de Tunas de Zaza y El Médano por carretera hacia Sancti Spíritus motivaron que se previera y organizara la variante marítima para el traslado de los habitantes a un lugar de menos peligro. “En horas de la noche de ayer, partieron de Casilda más de 40 embarcaciones que se suman a las existentes allí”, publicó el periódico.

No fue preciso acudir a tan inédita alternativa y finalmente fueron protegidos en la cabecera provincial. Narraron que, en otros tiempos, cuando el río Zaza crecía, la cosa era de “sálvese quien pueda”.

“En otras épocas en Tunas de Zaza llamaban a Camagüey para que enviaran un tren a recogerlos; entre pitos y flautas la mayoría de las veces teníamos que irnos a pasar trabajo por ahí porque nadie se ocupaba de nosotros. O, cuando llegaba el tren, ya la tormenta había pasado”, comentaban a *Escambray* algunos evacuados en aquellos días dramáticos.

Siete horas trepado en un algarrobo

Al joven José Luis Barceló jamás se le olvidará lo vivido el pasado 28 de mayo tras la crecida abrupta de dos ríos en Caracusey

Elsa Ramos Ramírez

Eran las 6:30 a.m. del 28 de mayo último. Una rutina habitual: recoger maíz en una vega cercana, sacó a José Luis Barceló Ramírez de su cama y lo llevó a las puertas del infierno.

“Pepe, el dueño, vino a buscarme, no quería ir, pero bueno saqué la conclusión de que el río estaba normal. Después de recogerlo, cuando íbamos a echarlo en los sacos ya el maíz estaba nadando, ahí dejamos to’ bota’o y salimos corriendo”.

En una crecida abrupta, los ríos Unimazo y Caracusey confluyeron. “Al brincar el río, ya la bola de agua nos viene pa’ arriba y no pudimos salir, Pepe se dejó arrastrar y buscó una sogá y gente, pero Camilo y yo nos enganchamos en una cerca, incluso él casi se ahoga. Me lo quitó todo y me quedé en tacacillo, pero ¡qué va!, venían más bolas de agua, nadé y cogí un gajo de una mata de algarrobo, subí al árbol y ahí estuve siete horas”.

No fue hasta después de unas dos horas que se supo de la atrapada de José Luis cuando el azar o la suerte llevó a la orilla más cercana a Bernardo Ramírez Mateo, alias Gayán. “Fui a salvar la vaca de Volao, veo que están pasando palizas y palizas y le grité: No te tires, que después te venimos a buscar”.

La noticia se le atragantó a Claudio Barceló Rodríguez, el padre de José Luis, mientras

iba en busca de merienda: “Se me quitó el hambre, lo comuniqué en el Consejo de Defensa y nos plantearon que iban a llamar, los bomberos venían, pero ya el río estaba pasando por encima de la carretera”.

Entonces Claudio se metió en el agua hasta el cuello y comenzó a gritarle a su hijo de 31 años: “Abre los brazos, haz ejercicios, y él decía: ‘Papi, tengo frío’”.

Cuando la noticia corrió por Caracusey, casi todo el pueblo sufría una inundación bestial y torrenciales aguaceros. Se vivieron entonces unas horas colectivas de tensión y zozobra que llegaron hasta los teléfonos de *Radio Sancti Spíritus* en la voz desesperada de Odalis, la tía.

“El río seguía subiendo, empecé a buscar gajos para cubrirme porque estaba a punto de una hipotermia —cuenta José Luis—. A veces sí pensé que me podía ahogar y subí dos y tres veces..., había muchos animales y algunos me picaban: santanicas, cucarachas, guayabitas, ratones, culebras, majás..., incluso tumbé unos cuantos”.

Por su mente corría la imagen de su pequeña Amanda, de sus abuelos Israel y Silvia, que, con la presión a todo tren, se aferraban a los rezos. “Cuando lograba oír, me decían: ‘No te tires que ya vienen’, eso era casi cada 20 minutos. Mi papá me enseñó a nadar desde seis años, mas no podía, me sentía como congelado, con los labios y las uñas moradas”.

Bajo las emblemáticas campanas, a unos 500 metros, José Luis Montelier Montelier, conocido por Abundio, no lo pensó dos veces: “Veo que nadie decidía tirarse, ni la gente del rescate, y me tiré, fui nadando hasta la mata, después se tiraron Héctor y Michael, entonces le explicamos: tú nada en el medio de nosotros, pero primero tuvo que hacer ejercicios para calentarse, ya no tenía casi fuerzas; hubo partes que tuvimos que luchar, pero lo sacamos por el cuadro de pelota... No pensé que yo podía morir, pensé en rescatar al muchacho porque iba a llegar la noche”.

Medio pueblo tenía las manos en la cabeza y los dedos cruzados: “Cuando supimos que se lanzaron —rememora Claudio— pensé que iban a llegar, pero no sabía si iban a virar porque eran dos ríos a la vez y bravos. Al llegar les dije: Ya son parte de mi familia por ese gesto, ese altruismo, a riesgo de sus propias vidas”.

Los ríos que casi ahogan la vida de José Luis vuelven a sus cauces. Mas no arrastraron la historia que mantuvo en vilo a Caracusey cuando le nacieron protagonistas inéditos, héroes anónimos y lecciones colectivas.

“Cuando llegué a la carretera era un mundo de gente esperándome, llorando: mi hermana, mi tía. Me tapé con una colcha de trapear que había en una cerca y solo me



José Luis logró sobrevivir de puro milagro a la crecida. /Foto: Cortesía del entrevistado

tomé una taza de café. Aún tengo dolores en el muslo derecho, pero estoy vivo, gracias a Dios, a los que me ayudaron y a todos”.

¿Cuándo vuelves a bañarte en el río?

“Por ahora, tiene que ser en seca”, sonrió José Luis.